

Entre hispanofilia y afinidades latinoamericanas: José Ortega y Gasset y Alfonso Reyes en la revista *Mito**

Between Hispanophile and Latin-American Affinities:
José Ortega y Gasset and Alfonso Reyes in *Mito*

Francy L. Moreno H.
frlimo@yahoo.com

Universidad Nacional Autónoma de México, México

Recibido: 4 de agosto de 2014. Aprobado: 29 de septiembre de 2014

Resumen: el siguiente trabajo es una aproximación a algunas de las relaciones intelectuales que se estrecharon alrededor de la revista *Mito* (Bogotá, 1955-1962); reflexiona sobre rupturas y filiaciones explícitas en sus páginas y muestra que manifestarse en contra o a favor de Ortega y Gasset y Alfonso Reyes, dos figuras reconocidas en el mundo intelectual de mediados de siglo xx, constituía una toma de posición en los campos literarios continental y nacional, a favor de cierta noción sobre lo literario.

Palabras claves: literatura latinoamericana; historia literaria; publicaciones periódicas; *Mito*.

Abstract: This paper ventures to understand some complex cultural relationships that were arose by the editors of *Mito* (Bogotá 1955-1962); attempting to throw light on various affiliations and breaking points. The discussion examines the fact that standing in favor or against Ortega y Gasset and Alfonso Reyes, who are two of the most well known twentieth century intellectuals, was significant in that it showed a stance in favor of a particular notion of literature.

Keywords: Latin American literature; literary history; periodical publications; *Mito*.

* Artículo derivado del proyecto de investigación “El ensayo en diálogo” (CONACYT 155458H), dirigido por la Dra. Lilibian Weinberg y adscrito al Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe, CIALC-UNAM (México). Véase: <http://www.ensayoendialogo.org/grupo-de-investigacion/>

Introducción

Publicar una revista literaria implica entrar a jugar en un campo de fuerzas donde es imperativo enfrentar ciertas disposiciones y tomar una posición (Bourdieu, 2002, pp. 342-346). Usualmente, los patrocinios intelectuales y el cultivo de relaciones con algunos sectores en desmedro de otros son hechos que ayudan a definir los límites de los espacios de acción y a dotar de legitimidad la propuesta editorial. Porque, como afirma Beatriz Sarlo, las revistas surgen para actuar en coyunturas y para cortar “el nudo de un debate estético o ideológico” (1990, p. 9). Sobre las posiciones de *Mito* en el campo literario colombiano se ha hablado extensamente, pero se ha reparado poco en cómo se legitimó esta revista entre los circuitos letrados latinoamericanos.¹ Así, pues, este trabajo busca presentar algunas de las posiciones de esta publicación bogotana en la coyuntura de mediados del siglo xx en el contexto latinoamericano. Lo hace siguiendo las distancias y filiaciones —explícitas o implícitas— en las páginas de la revista respecto de dos figuras representativas en ese contexto: José Ortega y Gasset y Alfonso Reyes.

Críticas a Ortega y Gasset

Con *Revista de Occidente* (Madrid, 1923-1936) y la “Colección Ideas del Siglo xx”, proyectos editoriales de gran difusión en América Latina entre 1920 y 1940, Ortega y Gasset se convirtió en el promotor principal de un modo de hacer cultura con gran aceptación en importantes circuitos letrados del mundo hispanico. En Colombia, Ortega y Gasset se leyó de la mano de Marcelino Menéndez Pelayo y ambos fueron significativos referentes para la

1 Jorge Gaitán Durán fue el principal animador del proyecto, que fundó y dirigió en los primeros años junto a Hernando Valencia Goelkel. Después también formaron parte del Comité de Dirección: Eduardo Cote Lamus, Pedro Gómez Valderrama, Eduardo Mendoza Varela, Fernando Charry Lara y Jorge Eliécer Ruiz. La relación del intelectual y la sociedad fue una constante en la revista y esa preocupación marca sus dos etapas. En la primera, que abarca del número 1 (abril-mayo de 1955) hasta el número 18 (febrero-marzo-abril de 1958), la revista promueve la circulación de discursos y polémicas de distintos sectores, hace una colección realmente variada de puntos de vista y presenta análisis culturales al lado de problemas con marcado acento en el contexto social; en la segunda, del número 19 (mayo-junio de 1958) hasta los últimos, números 41 y 42 (marzo-abril y mayo-junio de 1962), *Mito* se posiciona a favor de la candidatura presidencial de Alberto Lleras Camargo y promueve el Frente Nacional. En 1962, año de su muerte, Gaitán Durán era candidato a la Cámara de Representantes por el Movimiento Revolucionario Liberal (MLR) liderado por Alfonso López Michelsen.

élite letrada hasta mediados del siglo pasado. A pesar de contar con destacados detractores latinoamericanos como Pedro Henríquez Ureña y Jorge Luis Borges, la figura de Ortega y Gasset fue preponderante hasta mediados de siglo xx. Sin embargo, a partir de los años cuarenta, aparecieron con mayor frecuencia críticas al filósofo español, que coincidían en reconocer su labor como editor y traductor, pero, al mismo tiempo, denunciar cierta falsedad en sus argumentos, así como una voluntad de propiciar confusiones (Medin, 1994, pp. 190-253).

La muerte de José Ortega y Gasset en octubre de 1955 produjo distintas reacciones a lo largo de América Latina. Las alabanzas se hicieron visibles principalmente en revistas literarias y culturales, así como en otras publicaciones periódicas editadas por fracciones intelectuales de tendencia modernizante o liberal, entre las que el filósofo había tenido, como afirma Carlos Altamirano, un “gran ascendiente” (2010, p. 10). Es significativo que *Sur* (Buenos Aires, 1931-1991) y *Cuadernos Americanos* (Ciudad de México, 1942 hasta la actualidad), dos prestigiosas revistas de perfiles distintos y de difusión continental, dedicaran números completos a homenajear al filósofo.² Y estos simpatizantes no fueron los únicos que se manifestaron. La figura de Ortega y Gasset era representativa para muchos sectores intelectuales, desde católicos hasta simpatizantes del socialismo, razón por la que su muerte provocó una serie de confrontaciones ideológicas que sostenían distintas políticas culturales y que fue, al final, una excusa para tomar partido en algunas polémicas de la época: principalmente, en relación con nociones sobre la literatura como expresión universal y el derecho a la universalidad de ciertos acervos culturales.

La revista *Mito* fue uno de los medios que manifestaron sus reservas hacia Ortega y Gasset. En su quinto número, de diciembre-enero de 1955-1956, podemos leer la última lección que diera el filósofo, dedicada al historiador Arnold J. Toynbee y acompañada de dos réplicas a sus argumentos. A pesar de que el texto del filósofo aparece anunciado en la portada en un lugar destacado, las menciones a Ortega en las páginas de ese número de *Mito* no lo homenajean. De parte de los colaboradores del proyecto no hay alabanzas; al contrario, cuestionan su figura intelectual y subrayan la caducidad de sus ideas. Esto lo hacen Daniel Arango, en el artículo “La estética contemporánea”, y Hernando Valencia Goelkel, en una nota a propósito de su muerte.

2 Los números homenaje fueron: *Cuadernos Americanos*, volumen LXXXV, año xv, número 1, enero-febrero de 1956; *Sur*, número 241, julio-agosto de 1956.

Pero antes de las críticas, veamos lo que pensaba Ortega y Gasset según el texto publicado en *Mito*: “La última lección: Toynbee”. Se trataba, efectivamente, de la última lección que había dictado Ortega, y aunque con semejante título el lector podría esperar una exposición de las concepciones centrales del autor de *Estudio de la historia*, el texto no da cuenta de éste. En cambio, se dedica a censurar el planteamiento central de toda la monumental obra del historiador británico: la hipótesis según la cual las civilizaciones eran la sustancia de la Historia, y la idea de que el rumbo de esta dependía de la adaptación a los cambios propios de las interacciones entre dichas civilizaciones. Porque para Toynbee, esa Historia no tenía una dirección unívoca y progresiva, sino cíclica.³ Contra esto Ortega argumenta que solo era posible hablar de Historia en la concepción progresista moderna, con sus acervos helenísticos, escolásticos y humanistas que guiaron la expansión del espíritu de la cultura de Occidente (1956, p. 323). Los procesos culturales, según esta perspectiva, estaban regidos por el determinismo y no por la adaptación, como lo sugería Toynbee. De ahí que asumir la Historia como si fuera múltiple o cíclica era para Ortega una superficialidad que contradecía a la Historia misma (p. 324). Además, en esta última lección, el filósofo subrayaba que los planteamientos de Toynbee ponían en duda la legalidad del proceso civilizatorio universalista y eurocéntrico, y esto posibilitaba la desconfianza de “todo”; lo que era, en su opinión, “optimista”, pero también “superficial” (p. 325). Optimismo superficial compartido por otros pensadores de esos años cincuenta como Jean Paul Sartre, definido por el filósofo como un “hombre de gran talento aunque de insulseces” (p. 325). Según sus argumentos, Sartre y Toynbee caían en el mismo error de, “con la categoría reto-respuesta, tomar las cosas en su superficialidad, en vez de verlas en la profundidad de su origen”; su ejemplo es el modo como Toynbee analizaba los procesos coloniales: si para el historiador estos podían ser explicados a partir del reconocimiento de que existían filiaciones

3 Arnold Toynbee escribió su gigantesca obra *Study of History (Estudio de la historia)* entre 1933 y 1961. Con ella intentó, por medio del comparatismo, seguir los procesos de las que él entendía eran las civilizaciones del mundo. Aseguraba además que la civilización occidental había entrado en una suerte de mutación desde finales del siglo XIX, apartándose de las tradiciones que habían regido hasta el momento sus rumbos. Sus análisis y obras estaban en diálogo y pugna con las de corrientes culturalistas e historicistas traducidas y difundidas por el mismo Ortega en sus proyectos editoriales de la primera mitad del siglo XX. Entre esas obras estaba *La decadencia de occidente* (1923), de Oswald Spengler, editada por *Revista de Occidente*.

entre los seres humanos que hacían posible que después de las invasiones se lograra la armonía y la homogeneización cultural, para el filósofo esto era imposible, pues un hombre metropolitano no era ni podía ser igual al hombre colonizado. En su entender, el hombre colonizado era un ser sin Historia, pues esta solo hablaba de la perspectiva del colonizador; por eso aseguraba que “[...] cuando un pueblo se halla situado en un lugar geográfico en el que hay tierra por delante se encuentra en una situación humana anterior a un sentido histórico; estos pueblos no están en la historia, es la geografía quien los manda” (p. 325).

En fin, en su última lección, el filósofo manifestó su malestar ante la duda del sentido progresista de la Historia que Toynbee y otros pensadores de los años cincuenta del siglo xx promulgaban. Él desaprobaba que sus colegas no trabajaran por difundir los pilares de la filosofía occidental, sino que señalaran su relatividad o igualaran los pilares de la civilización occidental y los de otras. De ahí que en esta lección abunden afirmaciones como: “[...] tampoco habla en serio Toynbee sobre las otras dos realidades: Estado Universal e Iglesia Universal, que aplica a cualquier cosa, al imperio Romano y al Virreinato del Perú” (p. 325). De modo que el propósito final de las críticas a la hipótesis central de Toynbee era subrayar las “superficialidades” de algunos pensadores contemporáneos que contribuían a aumentar lo que él mismo percibía como un mundo en caos y no a exponer las ideas del intelectual.

En *Mito*, revista que siguió una línea editorial similar a *Les temps modernes* (París, 1945 hasta la actualidad), no podían quedar sin respuesta las afirmaciones de Ortega y Gasset. Unas páginas más adelante del mismo número 5, un ensayo de Daniel Arango sobre el arte y la estética de mediados de siglo xx comienza con la pregunta de si veinte años después de la publicación de *La deshumanización del arte* (1925), las ideas allí expuestas aún eran válidas. “Vamos a ver”, afirma el autor de este texto, “si lo que tan triunfantemente anotó Ortega mantiene aún crédito en nuestra conciencia, o si ha perdido esa capacidad de convicción a la que está adscrita la durabilidad de las cosas” (Arango, 1956, p. 334). Para Arango, el filósofo olvidó que la poesía y el arte contemporáneos estaban en constante transformación y sus diagnósticos, que liquidaban el romanticismo en la década del veinte del siglo xx, no tuvieron en cuenta que ese movimiento había tomado siempre distintas formas y, a mediados de siglo xx, sus versiones eran el surrealismo y los gestos retomados de las vanguardias de los años veinte y treinta:

[...] porque Ortega, que enfila todo su esfuerzo dialéctico y sus propensiones peyorativas contra el romanticismo, no parece entender (o al menos eso se deduce de “supra e infrarrealismo”) que las señales que él divisa, sin precisión, son un resurgimiento de lo romántico” (1956, pp. 335-336).

El filósofo pretendió que sus apreciaciones fueran las únicas maneras de valorar la creación, afirma Arango, aunque lo estético desbordara cualquier intento de teorización: “[...] todas las estéticas generales duran menos que lo estético”, pues eso “estético” se re-crea constantemente (p. 347). De manera que, según este ensayo, las argumentaciones del filósofo eran exiguas y sus postulados y previsiones resultaban insuficientes para juzgar las propuestas estéticas de mediados de siglo xx.

Las críticas a las ideas de Ortega sobre Estética, en ese número de *Mito*, se extienden a su figura como intelectual en la nota de Hernando Valencia Goelkel, “José Ortega y Gasset”. En esta se cuestiona si el prestigio del que gozó el filósofo en el mundo hispánico correspondía a la calidad y la sinceridad de su obra y si esta constituía, de hecho, un legado valioso para los latinoamericanos. Valencia Goelkel llega incluso a poner en duda el estilo del filósofo:

[...] habrá que ver también la mezcla de intrepidez y de subyacente cautela que caracteriza sus escritos históricos y sociológicos; ha de descoyuntarse la lección de su prosa, para poner a un lado la eficacia de su claridad y su nobleza, y al otro el lastre, presuntuoso y rococó de tanta metáfora ya caduca y de tanta figura señorera y borbónica [...]. Cada libro, cada palabra suya abrían un campo nuevo al despertar de la inteligencia, y por eso eran los jóvenes —hombres jóvenes y países supuestamente jóvenes— quienes se apresuraban a recoger su desdeñosa docencia. Y esta fue la gran confusión respecto de Ortega: nos hizo vivir una falsa primavera, un espurio amanecer, sin que nadie se diera cuenta —tal vez ni él mismo— de que en la propia entraña de su obra la atmósfera imperante era crepuscular. Ortega representaba un esfuerzo heroico de permanencia, de acumulación de energías de un mundo y de un estilo de vida claudicantes (1956, p. 382).

De ahí se puede inferir que los involucrados en el proyecto no se asumían “jóvenes de países supuestamente jóvenes” dispuestos a aceptar la “desdeñosa docencia” de Ortega, por eso *Mito* tomaba distancia de lo que el filósofo representaba. De este modo, Valencia Goelkel coincidía con otros detractores y críticos del modelo cultural de Ortega bien conocidos en el continente, como

Pedro Henríquez Ureña y Jorge Luis Borges. El primero, desde 1927, advirtió sobre “el peligro de *Revista de Occidente*” en diversos medios, como las revistas *Pluma* de Montevideo y *Horizonte* de Puebla, y subrayó lo reducido del concepto de cultura del proyecto editorial del filósofo español (1927, p.19). El segundo, como Valencia Goelkel, puso en duda el valor del legado de Ortega en una nota que publicó la revista habanera *Ciclón*, con motivo de la muerte del filósofo. Entre otras cosas, Borges confiesa no haber podido acercarse a la obra del autor de *Meditaciones del Quijote* (1914) debido a su estilo deficiente, y opina que Ortega era “un hombre de lecturas abstractas y de disciplina dialéctica” que “se dejaba embelesar por los artificios más triviales de la literatura que evidentemente conocía poco” (1956, p. 28). La posición entonces era clara: tomar distancia del modelo cultural de Ortega, no en el sentido en que lo hicieron críticos de su elitismo como Patricio Canto en el libro *El ocaso de Ortega y Gasset*, publicado en Buenos Aires en 1958, sino en la línea de los que, como Henríquez Ureña y Borges, señalaban los límites de sus versiones sobre la cultura en Occidente y sus “gestos de conquista”, que se valían, como señaló tempranamente el dominicano, de un “lenguaje persuasivo” adornado con “traje tipográfico vistoso” (1927, p. 19).

Ahora bien, ante la fuerza de la crítica y la clara toma de posición del campo literario latinoamericano, cabe la pregunta de por qué incluir una colaboración de Ortega y Gasset en *Mito*. Tengo la sospecha de que presentar la crítica de una forma un poco velada se debía a la censura. En Colombia, donde Ortega era apreciado por autoridades intelectuales como Germán Arciniegas, la postura de la revista podía ocasionar fuertes reacciones, y *Mito* ya había tenido que pagar una multa por publicar en su primer número “Diálogo de un sacerdote y un moribundo”, del Marqués de Sade.⁴ Es posible suponer entonces que el efecto de las denodadas críticas de uno de los directores de la revista y los cuestionamientos de Daniel Arango buscaran ser mermados con la lección sobre Toynbee anunciada en un lugar relevante: entre los artículos principales con color rojo. Solo un lector atento de todo el número comprende la envergadura de la crítica, pues la nota de Hernando Valencia Goelkel cierra la sección miscelánea y Gasset es programática, lo que reclama que la revisemos en la coyuntura colombiana en que la revista pretendía actuar.

4 En los números siguientes de *Mito* no hubo pronunciamientos al respecto. No obstante, en México, en el primer número de la *Revista Mexicana de Literatura*, de 1955, se denunció el hecho.

Los juicios a propósito de Ortega y Gasset manifestaban una posición distante respecto de la hispanofilia —o el famoso “hispanismo”— que reinó hasta mediados del siglo xx entre los letrados colombianos. Esta hispanofilia era defendida por los círculos cercanos al conservadurismo político y se reflejaba en obras que recurrían a un lenguaje suntuoso que era tema de polémica y objeto de revaluación durante los años cincuenta del siglo xx. Jorge Gaitán Durán, el principal animador de *Mito*, no dudó en manifestarse al respecto. En la siguiente opinión, esbozada en un artículo de 1949 y publicado en el suplemento literario de *El Tiempo*, Gaitán Durán hace referencia a las actitudes evasivas y sordas ante los problemas sociales de la época, relacionadas con las filiações hispanofílicas y al tipo de literatura que se escribía siguiendo ese paradigma:

[...] en el caso concreto de la vida cultural colombiana, hasta la llegada de la nueva generación, no se conforma una conciencia ética [...] antes habían existido presentimientos y repentinos hallazgos, mas no se configuró un auténtico sentimiento de austeridad y poderío moral. Por el contrario, la mentalidad esteticista, el desprecio por los valores humanos, el amor hacia toda suntuosidad exterior, la golosidad vital, han menoscabado algunas de las más brillantes capacidades intelectuales del país (2004, p. 118).

Esta posición, que apela a una responsabilidad ética en busca de renovación del panorama cultural, implicó tomar distancia de los referentes que sostenían esa cultura de “mentalidad esteticista”, “golosa” y “suntuosa” que iba de la mano de la hispanofilia, una de cuyas figuras simbólicamente representativas y ampliamente aceptada entre sectores intelectuales colombianos era justamente Ortega y Gasset. De modo que no es extraño que, en el marco del proyecto que Gaitán Durán emprendiera seis años después, estas declaraciones, como señala Pablo Montoya, significaran “los pilares de una especie de derrumbe de los referentes hispánicos más esenciales que habían caracterizado gran parte de la vida cultural colombiana” (2010, p. 441).

Rafael Maya, poeta y crítico reputado de mediados de siglo xx, fue uno de los representantes elocuentes del modelo cultural al que se asociaban la figura y las ideas de Ortega y Gasset en el contexto colombiano. Como Ortega, Maya creía que existían principios perennes que sostenían el arte y la alta cultura, principios que, en su concepción, y como señala David Jiménez, “comprendían dos vertientes fundamentales: el mundo clásico antiguo y la tradición

española” (2009, p. 279). Estos principios condicionaron la mirada peyorativa de Maya sobre el modernismo, que fue calificado en términos similares a los que Ortega uso para desvirtuar el romanticismo: un movimiento que reunía los fundamentos de la decadencia del mundo contemporáneo. Además, Maya compartía con Ortega la idea de que las funciones de la cultura eran la “ordenación” y el “pulimiento”, nociones simbólicamente significativas para la legitimación de las políticas culturales dominantes de censura y segregación. Por eso, cuando murió Ortega en 1955, fue el mismo Maya quien presidió los homenajes que se le rindieron en Colombia.⁵

Ampliar los marcos de diálogo con referentes que fueran más allá de la hispanofilia, el catolicismo y el clasicismo, e incluir escrituras y opiniones de distintas corrientes, significaba poner en duda esos valores firmemente arraigados. La posición de *Mito* al respecto habla de cambios que comenzaron en los mismos colaboradores de la revista, pues la mayoría se había educado en instituciones que lo prodigaban, como la Universidad del Rosario de Bogotá. Pablo Montoya (2010) y Pedro Sarmiento (2010) recuperan algo de esos ambientes de formación de los que participaron Pedro Gómez Valderrama, Eduardo Cote Lamus, Hernando Valencia Goelkel y Rafael Gutiérrez Girardot, quienes además se encontraron en Madrid siendo beneficiarios de becas del gobierno conservador de Laureano Gómez (1950-1951) para adelantar estudios en el Colegio Mayor Universitario de Nuestra Señora de Guadalupe, institución que el franquismo destinaba a latinoamericanos (Sarmiento, 2010, pp. 210-220).⁶ De hecho, antes de viajar a España, ellos mismos manifestaron simpatías hacia Ortega y hacia la versión de la hispanofilia que las élites colombianas vinculaban a su figura. Un ejemplo de estas simpatías es el artículo “José Ortega y Gasset”, de Rafael Gutiérrez Girardot.⁷ Ahí las opiniones de Ortega son recuperadas por quien en ese momento era estudiante de Filo-

5 Uno de esos actos fue publicitado en Madrid por el diario conservador *ABC* y tuvo lugar en el Instituto Colombiano de Cultura Hispánica de Bogotá, en el cual se dieron cita intelectuales de tendencia conservadora. La nota apareció en la edición del viernes 25 de octubre de 1955.

6 Cabe señalar que el único diario que apoyó a Franco en América Latina, *El Siglo*, era propiedad de la familia de Laureano Gómez.

7 Juan Guillermo Gómez subraya que “hay que recordar que Gutiérrez Girardot fue becario de este instituto [Colegio Mayor Guadalupano de Madrid] y colaboró activamente en *Cuadernos Hispanoamericanos*, es decir, tres instituciones claves de la política cultural del franquismo de esa década [del cincuenta] (2009, p.18).

sofía y Derecho y simpatizante del falangismo de Bogotá, para analizar la situación de desorden social que había desencadenado el asesinato de Jorge Eliecer Gaitán, candidato a la presidencia por el partido liberal —hecho que influyó para que se recrudeciera la violencia partidista que, desde el gobierno de Mariano Ospina Pérez (1946-1950), assolaba los campos colombianos.⁸ De manera que el distanciamiento de la hispanofilia conservadora que adopta la revista implicó una auto-revisión y reconocimiento de los límites culturales que definieron la formación de sus colaboradores. Esto se originó por vínculos de Jorge Gaitán Durán con redes latinoamericanas que cruzaban Europa y con corrientes de pensamiento como la fenomenología de Martin Heidegger, que Gutiérrez Girardot estudió en Friburgo.

Finalmente, el distanciamiento de la hispanofilia tradicional fue acompañado de una actitud no subsidiaria al traducir textos o propiciar diálogos con intelectuales de otros países. Varios críticos han reparado en dicha actitud, poco frecuente entre los intelectuales colombianos de la primera mitad del siglo xx. Actitud que, sin embargo, tiene significativos representantes continentales, como José Carlos Mariátegui, Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña y el heredero de estos, Jorge Luis Borges. Es tan significativo este cambio de actitud que la crítica ha reparado frecuentemente en él. Sarmiento Sandoval, por ejemplo afirma que,

Con ciertas excepciones, hasta *Mito* los escritores colombianos habían asumido, respecto a los autores españoles, una actitud algo acomplejada que obedecía a la exaltación de un hispanismo bajo el que dormitaban nostalgias coloniales, así como al cultivo de un casticismo anacrónico y al apego a la norma académica fijada en la “Madre Patria” [...]. Con los escritores de *Mito* cambiará el tipo de relación que se ha venido cultivando entre los autores colombianos y españoles: de la imitación y la apología de índole subalterna se pasó a la amistad y a la colaboración (2010, pp. 216-217).

Ejemplos de la naturaleza de las relaciones promovidas alrededor de la revista son los intercambios con Vicente Aleixandre, Jorge Guillén, Juan Goytisolo y José Manuel Caballero Bonald. Vicente Aleixandre formó parte

8 Existe abundante bibliografía sobre esa época de la violencia de mediados de siglo xx en Colombia, así como sobre los disturbios que en Bogotá desencadenó el asesinato de Jorge Eliecer Gaitán, ocurrido el 9 de abril de 1948. Véase, por ejemplo: Arturo Álape, *El Bogotazo: memorias del olvido*, La Habana, Casa de las Américas, 1983.

del comité de patrocinio desde el primero hasta el último número y colaboró en algunas oportunidades; además, en *Mito* se publicó el prólogo de Caballero Bonald a la edición de la *Obras Completas* (1961) de Aleixandre y una nota celebrando esta publicación.⁹ Jorge Guillén se acercó a la publicación en los últimos años, es decir, entre 1960 y 1962, seguramente gracias a su visita a Bogotá en 1961.¹⁰ Como Aleixandre, Guillén se pronunció en el homenaje a Jorge Gaitán Durán que se publicó con motivo de su muerte en 1962 (Aleixandre, 2009, p. 203). Juan Goytisolo y José Manuel Caballero Bonald fueron amigos cercanos de Hernando Valencia Goelkel y Pedro Gómez Valderrama desde sus años de estudiantes en el Colegio Mayor de Nuestra Señora de Guadalupe de Madrid; además, Caballero Bonald vivió en Bogotá entre 1960 y 1962, años en los que estrechó aún más los lazos con los colaboradores de la revista. La editorial asociada a la publicación editó un libro de cada uno de ellos: *El papel del coro* (Bogotá, Ediciones Mito, 1961), de Caballero Bonald, y *Aquí abajo* (Bogotá, Ediciones Mito, 1959), de Juan Goytisolo.¹¹ Por lo demás, las menciones sobre la actualidad cultural en España no ocuparon un lugar destacado en la publicación; sin embargo, sí se da cuenta de algunas novedades editoriales.¹² Finalmente, la única figura representativa de la tradición española evocada fue Antonio Machado, de

-
- 9 El poema “Ausencia”, de Vicente Aleixandre, aparece en el número inaugural de la revista después de “Diálogo de un sacerdote y un moribundo”, del Marqués de Sade, “Sonatina”, de León de Greiff, y “Poemas” y “Refranes”, de Octavio Paz. De Aleixandre también se publicó: “Luis Cernuda deja Sevilla”, *Mito* 7, abril-mayo de 1956; “En casa de Pedro Salinas”, *Mito* 8, junio-julio de 1956; “Incorporaciones”, *Mito* 37 y 38, julio-agosto y septiembre-octubre de 1961. El ensayo introductorio de José Manuel Caballero Bonald a sus *Obras completas*, “La solidaridad humana en la poesía de Vicente Aleixandre”, apareció en *Mito* 34, enero-febrero de 1961.
- 10 Las colaboraciones de Jorge Guillén en *Mito* fueron: “Poesías”, *Mito* 33, noviembre-diciembre de 1960; “Despertar español” y “Sangre al río”, *Mito* 41 y 42, marzo-abril y mayo-junio de 1962. Guillén visitó Bogotá en 1961 invitado por la Universidad de los Andes a dictar conferencias sobre el Siglo de Oro y la Generación del 27. Gaitán Durán dio noticia de estas conferencias en una nota que apareció en *Mito* 37 y 38, julio-agosto y septiembre-octubre de 1961.
- 11 De José Manuel Caballero Bonald se publicaron los poemas: “Cráter del tiempo”, “Desde donde me ciego de vivir”, “Blanco de España” y “El último registro”, en *Mito* 24, marzo-abril-mayo de 1959; y el cuento “La muerte del santo”, en *Mito* 34, enero-febrero de 1961. De Juan Goytisolo se publicaron “Cara y cruz”, *Mito* 22 y 23, noviembre-diciembre de 1958 y enero-febrero de 1959; “Aquí abajo”, en *Mito* 29, marzo-abril de 1960; y un fragmento de *La isla*, en *Mito* 35, marzo-abril de 1961.
- 12 La reseña del libro de poemas *Memorias de poco tiempo* (1954), de Caballero Bonald, fue escrita por Hernando Valencia Goelkel en *Mito* 1, abril-mayo de 1955; por su parte, Jorge Gaitán Durán publicó “Hombre y Dios, de Damaso Alonso”, en *Mito* 3, agosto-septiembre de 1955.

quien se publicaron unas cartas inéditas (que preceden la colaboración de Ortega y Gasset sobre Toynbee) y sobre quien escribió un ensayo el poeta y crítico español Guillermo de Torre.¹³

Filiaciones latinoamericanas: Alfonso Reyes en *Mito*

Como se ha mencionado, los colaboradores de *Mito* tomaban distancia de cierta hispanofilia característica de ciertos sectores de la élite letrada colombiana y, al mismo tiempo, buscaban extender lazos de intercambio y comunicación con autores latinoamericanos. Y si hubo una figura representativa con la que se identificaron fue la de Alfonso Reyes. Además de ser miembro del comité de patrocinio internacional,¹⁴ Reyes mereció varias notas de apoyo y homenaje por parte de los colaboradores de la revista.¹⁵ El sentido de estas notas se hace explícito con motivo de su muerte en los números 27 y 28 de noviembre-diciembre y enero-febrero de 1959-1960. El homenaje consiste en un artículo y una nota de la redacción. El primero da cuenta del valor simbólico de su figura intelectual, reproduce opiniones elogiosas de Porfirio Barba Jacob y recuerda que Reyes había sido merecedor de un importante reconocimiento en Colombia: La Cruz de Boyacá, otorgada por Jorge Zalamea en 1945.¹⁶ Este artículo, ciertamente, no profundiza en la obra de Reyes, pero incluye otros reconocimientos y testimonios elogiosos de escritores como Carlos Fuentes (La Torre Cabal, 1959-1960, pp. 198-206).¹⁷ La nota

13 Antonio Machado, *Cartas inéditas*, *Mito* 5, diciembre-enero (1955-1956), y Guillermo de Torre, “Antonio Machado y sus poetas apócrifos”, *Mito* 15, agosto-septiembre de 1957.

14 El comité patrocinador de *Mito* contó, en su mayoría, con autores latinoamericanos. De este formaron parte, además de Reyes, Carlos Drummond de Andrade, León de Greiff, Octavio Paz, Eduardo Zalamea Borda, Mariano Picón Salas, Jorge Luis Borges, Ricardo Latcham, Vicente Aleixandre y Luis Cardoza y Aragón.

15 Las notas aparecieron en: *Mito* 9, agosto-septiembre de 1956, apoyando su postulación al premio Nobel, y *Mito* 25, junio-julio de 1959, celebrando su cumpleaños.

16 Porfirio Barba Jacob y Jorge Zalamea, por lo demás, no gozaban del reconocimiento de las instituciones que dirigían la vida cultural colombiana. De hecho, Jorge Zalamea, en 1959, acababa de regresar a Colombia después de un largo exilio ocasionado por su participación en el Bogotazo en 1948, acusado de incitar a las “masas” a la violencia. Su quincenario *Crítica* (Bogotá, 1948-1952) fue censurado desde 1950 y en 1952 fue sacado de circulación. Zalamea fue embajador de Colombia en México entre 1942 y 1945, y durante ese periodo otorgó la Cruz de Boyacá a Alfonso Reyes.

17 Por ese entonces, el autor vivía en México y estaba vinculado al diario *Excélsior*.

de la redacción del mismo número es, por lo demás, mucho más explícita en cuanto al tipo de filiaciones que interesaba resaltar:

La muerte de don Alfonso, quien desde la iniciación de *Mito* hizo parte de nuestro Comité patrocinador, requiere la expresión de nuestro pesar. Dentro de una línea rigurosa, que se ha mantenido siempre, *Mito* rehuye las manifestaciones formalistas que no tengan un real sentido, identificado con las normas que desde su iniciación se trazó la revista. Don Alfonso representa y representará durante mucho tiempo la feliz expresión de una nueva cultura, de un modo que comienza a nacer a través de los países latinoamericanos. Su lección de sobriedad y de equilibrio, de escepticismo y humor, de sabiduría y sonrisa, es perdurable sobre el mar de cosas excesivas en que todavía se consume nuestro mundo (La redacción, 1959-1960, p. 219).

Entendemos los términos de semejante homenaje al reparar en el contexto de mediados de siglo xx y en los movimientos de los intelectuales latinoamericanos en Europa, quienes, aprovechando aperturas en instituciones culturales que surgieron después de la Segunda Guerra Mundial, buscaban ocupar espacios protagónicos u obtener la legitimación de algunos acervos nacionales por parte de organizaciones mundiales. Que en 1945 hubiera sido otorgado el premio Nobel a la poetisa Gabriela Mistral y haber conseguido que cargos de influencia mundial en políticas culturales como los de la Unesco quedaran en manos del escritor mexicano Jaime Torres Bodet (1945-1952) son algunos ejemplos de eso que Susanne Klengel describió como la “reubicación de los intelectuales oriundos de la ‘periferia’” (2006, p. 95). Como ella misma señala, aunque se trató de un fenómeno que tuvo como consecuencia el cuestionamiento de la autoridad de ciertas tradiciones y el derecho de universalidad de algunos cánones en desmedro de otros —y los efectos de esto llegan hasta hoy—, esas acciones no pusieron en duda los mecanismos de poder, sino que buscaron sencillamente ganar cierta legitimación simbólica dentro de un mundo que se entendía estaba conformado por “centros” y “periferias”.

En ese entonces, el argumento que se esgrimía a favor del reconocimiento internacional del autor de *Visión de Anáhuac* (1915) era que su obra, con la que había diseñado una versión del cosmopolitismo humanista y americano, debía ser incluida dentro del patrimonio de la humanidad y difundirse por todo el mundo. Uno de los más entusiastas defensores de dicho argumento en Europa fue justamente Rafael Gutiérrez Girardot, quien, para mediados de la década del cincuenta, ya había tomado distancia de sus simpatías con el falangismo

y con Ortega y Gasset. En 1955, con el apoyo del Instituto Iberoamericano de Gotemburgo y bajo el sello de la editorial Ínsula, Gutiérrez Girardot publicó en Madrid un ensayo-homenaje que llevó por título *La imagen de América de Alfonso Reyes*. En este texto, Gutiérrez Girardot retoma las ideas en torno al humanismo expuestas por Reyes en *Simpatías y diferencias* (1921-1922), *Última Tule* (1942) y *Tentativas y orientaciones* (1944), que insistían en la necesidad del cultivo de una actitud cosmopolita para mejorar las relaciones entre los diversos pueblos que interactuaban en el mundo del siglo xx:

Reyes entiende que el humanismo es, no sólo el estudio y conocimiento de las letras y de la cultura de la Antigüedad, sino, modernamente, una acción encaminada al entrenamiento del hombre. El patetismo con que suele hablarse de este problema en nuestro tiempo ha quitado todo su sentido a la expresión “salvación del hombre”. Pensémosla en Alfonso Reyes pura de toda estridencia y digamos, entonces, que su humanismo es un esfuerzo por la salvación terrenal del hombre. La nueva especie de humanismo difiere, sin embargo, poco de la del Renacimiento. Tiene de común la preferencia del sentir y del obrar sobre el saber aislado: la insistencia en el universalismo, en el cosmopolitismo, cosmopolitismo que [...] significa “un mejor entendimiento entre los pueblos” (1955, pp. 44-45).¹⁸

La conclusión del ensayista es que esas ideas, desarrolladas en la obra de Reyes, eran testimonio de que, por la experiencia histórica en América y por vivir con los saldos y las síntesis propios de los procesos del mundo

18 El humanismo defendido por Reyes, que dialoga con la obra de Pedro Henríquez Ureña y se difundió entre un sector importante de la intelectualidad latinoamericana, partía de lecturas alejadas de preocupaciones filológicas del helenismo y tenía una idea de progreso que se alejaba del sentido expansivo que defendiera Ortega y Gasset. En el texto programático “La cultura de las humanidades”, con el que Henríquez Ureña inauguró una serie de cursos de la Universidad Nacional en México a comienzos del siglo xx, lo definió así: “Las humanidades [...] son más, mucho más que el esqueleto de las formas intelectuales del mundo antiguo: son una musa portadora de dones y de ventura interior, *jors olavigera* para los secretos de la perfección humana. Para los que no aceptamos la hipótesis del progreso indefinido, universal y necesario, es justa la creencia en el *milagro helénico*. Las grandes civilizaciones orientales (arias, semíticas, monológicas u otras cualesquiera) fueron sin duda admirables y profundas: se les iguala a menudo en sus resultados pero no siempre se les supera [...]. Todas estas civilizaciones tuvieron como propósito final la estabilidad, no el progreso; la inquietud perpetua de la organización social, no la perpetua inquietud de la innovación y la reforma. Cuando alimentaron esperanzas, como la mesiánica de los hebreos, como la victoria de Ahura-Mazda para los persas, las pusieron fuera del alcance del esfuerzo humano: su realización sería obra de las leyes o las voluntades más altas. El pueblo griego introduce en el mundo la inquietud del progreso. Cuando descubre que el hombre puede individualmente ser mejor del que es y socialmente vivir mejor de como vive” (Henríquez Ureña, 1989, pp. 60-61).

occidental, la intelectualidad con raíces ahí estaba mejor informada y mejor capacitada que los que él mismo llamaba “padrinos europeos” para enfrentar las violencias y las sucesivas crisis del siglo xx. En sus propias palabras:

[...] la configuración de América no puede ser más propicia para la realización de esta tarea [la de figurar estrategias de intercambios cordiales], porque su internacionalismo natural rechaza todo abolemento y toda preeminencia que no sean los puramente humanos. A todos los pueblos se les concede igual autenticidad humana, a todos los hombres igual dignidad (p. 47).

Por lo demás, no dejan de ser curiosos estos argumentos sobre igualdad y dignidad de los hombres y las capacidades de los intelectuales latinoamericanos para propiciar relaciones de armonía entre los pueblos, viniendo de un intelectual cuyo país se desangraba por una violencia exacerbada desde hacía casi una década.¹⁹

De cualquier forma, los ecos de esas reivindicaciones que tenían lugar en Europa llegaron a Bogotá, un año después de publicado aquel volumen, cuando Reyes fue postulado al premio Nobel por intelectuales e instituciones culturales de América Latina y el Congreso de la Libertad y la Cultura con sede en París. *Mito* se pronunció al respecto con una nota de apoyo a esa iniciativa en su edición número 9 de septiembre de aquel 1956. En esta, recuperando los mismos argumentos del ensayo de Gutiérrez Girardot, se calificaba a Reyes de “humanista de tipo nuevo” que había ideado un “humanismo americano”, y se afirmaba que, en caso de recibirlo, no era este intelectual el que se favorecería, sino al contrario, Alfonso Reyes honraría al premio Nobel (La redacción, 1955, p.182).

Es preciso reconocer que los pronunciamientos a favor de Reyes fueron motivados por concepciones sobre la labor cultural y la literatura que los

19 Cabe recordar la discusión de Reyes sobre “Lo deshumano en el arte”, réplica a *La deshumanización del arte*, de Ortega y Gasset: “Y hasta pudiera añadirse que tal arte deshumanizado, quintaesenciado en suma, por lo mismo que apela más directamente a la inteligencia, o a la sensibilidad excelsa, y procura huir del bajo ‘chantaje’ o fraude sentimental fundado en estímulos biológicos, es más característicamente humano. Y si no se le llamó ‘inhumano’ es porque este término envuelve precisamente connotaciones sentimentales, en tanto que ‘deshumano’ evoca una idea ajena al plano sentimental. Véase cómo todo depende del valor relativo a las denominaciones [...] Todo esto se reduce a decir: 1. Que lo humano es una noción antropológica de que el hombre, por definición, no puede escapar; y lo ‘deshumano’ es una denominación convencional para cierta modalidad de lo humano. 2. Que lo humano abarca tanto la experiencia pura como la específica, pero en la primera radica la literatura, y en la segunda, la no literatura” (1963, p. 41).

colaboradores de la revista compartían con él, y no respondían únicamente a conveniencias de las políticas de la cultura en aquella coyuntura internacional de mediados de siglo. Eso es justamente lo que anuncia la nota de homenaje que cité unos párrafos arriba y que, como vimos, advertía que no se trataba de un acto de “formalismo”, sino de sincero reconocimiento e identificación con las concepciones de Reyes sobre la literatura y la labor cultural en América Latina. Esto es posible comprobarlo no solo en el trabajo de Gutiérrez Girardot, sino en las ideas expuestas por Jorge Gaitán Durán en las mismas páginas de la revista.

En distintos escritos de Gaitán Durán, como los ensayos “Sade contemporáneo” (1955), “El libertino y la revolución” (1997) o *La revolución invisible* (1959), se entiende la literatura como una suerte de conocimiento privilegiado que era testimonio de experiencias básicamente humanas situadas en un contexto específico. No se trata, en su opinión, de un discurso exclusivamente expresivo, sino de un acto de comunicación (1975, pp. 317-320). En esto el poeta se acerca a las ideas que Alfonso Reyes había desarrollado en *El deslinde* (1944), donde afirmó que “la literatura expresa al hombre en cuanto es humano” (1963, p. 41). Reyes (1963) argumentaba que el acto creativo era el resultado de exorcizar sentimientos o experiencias particulares, de modo que el proceso comenzaba en la autoindagación y, posteriormente, el creador daba a luz una forma bella; y, como al final todo esto daba cuenta de la condición humana, toda obra podía detentar la universalidad. En el caso de los creadores latinoamericanos, afirmaba Reyes (1963), ese proceso pasaba por la síntesis propia de la experiencia cosmopolita en un continente donde los encuentros y la convivencia de los más diversos pueblos eran pan de cada día.

Estas ideas fueron expuestas por el mexicano en las mismas páginas de *Mito*, en el ensayo “*Armavirumque...* (el creador literario y su creación)”. Reyes vuelve aquí a la concepción que ya había explicado en *El deslinde* y argumenta que la literatura es un tipo de conocimiento privilegiado de la experiencia humana que supera, por ejemplo, a algunas teorías filosóficas contemporáneas. El ensayo comienza tomando distancia de Ortega y Gasset y Arthur Schopenhauer, pues estas dos figuras constituían, para Reyes, ejemplos de “que por estos días se trata de hacer partir la flecha filosófica desde el arco de la soberbia” (1963, p. 274). A esa flecha filosófica que hablaba desde la soberbia, Reyes opone toda una reflexión que gira en torno a la pregunta:

“¿Y de dónde arranca la literatura, por qué brota el grito poético?”. De esta forma, aclara que, al contrario de otros tipos de expresiones y conocimientos, los que toman forma en la literatura parten de una experiencia humana: la de un ser más del mundo que hace “investigación subjetiva (un sondearse) y [...] proyección objetiva (un dar a luz)” (p. 275). La primera exploración se da gracias a una actitud lírica, pues “la génesis se sitúa en el yo como en un terreno donde brota la planta” (p. 277). Desde este punto de partida personal y situado se desprende que sea la voluptuosidad lo que encuentre “un clima definitivo en la palabra”, porque “el arte [...] es una investigación hacia la voluptuosidad [...] por la vía de la creación personal” (p. 278). La proyección objetiva implica habilidad formal que es la que permite difundir los resultados de la búsqueda interior de una manera eficaz. Porque el poeta necesita compartir sus experiencias y sentimientos, y el énfasis en esta necesidad comunicativa de todo creador es el que hace que, para Reyes, por ejemplo, un “*Monsieur Teste*, que se divierte pensando a solas, haya dejado de ser poeta” (p. 279).

Gaitán Durán, al igual que Reyes, reparaba en esos dos componentes de lo literario: el creativo y el comunicativo, y esto sustentó los criterios de sus notas críticas en *Mito*, como la que escribió a propósito de la publicación de *La hojarasca* (1955), de Gabriel García Márquez:

El sudor, la camisa desabotonada, las mismas intenciones traen instantáneamente a la mente todo el pueblo de Macondo, las calles reverberantes, los muros cocidos por el sol, las siestas calurosas. Nos sentimos lejos de todo costumbrismo, de todo naturalismo tropical, de todo abuso de lo típico, y por ello mismo percibimos la vida, lo intensamente real de Macondo. La percepción de nuestra condición. GGM ha sabido establecer el equilibrio entre la visión individual y lo social. A través de los personajes, presenciamos la prosperidad y la decadencia de un pueblo, el fenómeno —más actual que nunca— de las bananeras. “*La hojarasca*” nos ofrece el ejemplo de cómo una sensibilidad específicamente colombiana puede manifestarse a través de formas universales de expresión (1955a, p. 52).

De ahí se puede inferir que el crítico alabó esa novela porque en ella se daba forma a una experiencia particular que permitía ser re-creada por cualquier lector. García Márquez, en su opinión, lograba transmitir efectivamente un ámbito y la experiencia de vida porque hablaba de una situación humana. Según este argumento, el gran logro del autor era universalizar una condición particular: la de las condiciones de vida en un pueblo de Colombia.

Otra coincidencia de Gaitán Durán con Reyes es la tendencia a ubicar la obra literaria en su lugar de origen, lo que tiene implicaciones reivindicativas para las literaturas de América Latina. Así, por ejemplo, en la nota que dedica a *Historia universal de la infamia* (1935), de Jorge Luis Borges, Gaitán Durán niega que se trate de una obra europea o europeizante. Afirma que la fascinación que este libro había despertado en muchos críticos europeos motivó que muchas interpretaciones de ese conjunto de relatos se restringieran a asuntos formales, olvidándose de que la obra era el resultado de la exploración subjetiva y del lugar de enunciación del autor. Para Gaitán Durán era fundamental partir de la condición intermedia que Borges ocupaba, entre el proyecto de la cultura de Occidente y el de la vida violenta de sus marginados. De modo que, para entender esa obra en toda su complejidad, no se podía obviar que Borges hablaba desde su “situación de americano, de argentino, de bonaerense enterado” (1955b, p. 113). Además, el crítico señala que las lecturas que sesgaban dicha obra no correspondían solo a la crítica europea, pues también había “americanistas” y “regionalistas” que la descalificaban por ser supuestamente extranjerizante. Una crítica realmente acertada de *Historia universal de la infamia* debía tener en cuenta la compleja condición de escritura de Borges y reparar en su punto de vista latinoamericano, en sus complejidades y contradicciones. Gaitán Durán, al final, arriesga su propia hipótesis de lectura al explicar que la obra en realidad daba cuenta de un doble inconformismo: “[...] el del indígena afectado por una abrumadora presión cósmica y el del hombre de letras, en apariencia escéptico y diletante, que vive intensamente una problemática humana y moral y apenas acepta destinos dados para mejor desmitificarlos” (p. 113).

Las coincidencias con los criterios de Alfonso Reyes alejaban a *Mito* de sectores que entendían que lo cultural-universal debía expandirse y “ordenar” el mundo en el ritmo único y vertical del poder eurocéntrico. Proyecto cultural que, como vimos, Ortega y Gasset defendía con ahínco. Además, los editores de la revista bogotana tomaban distancia del filósofo español al enfatizar en la especificidad de lo literario sobre otras formas discursivas. Pero eso no es todo: quienes se reunían alrededor de *Mito* sintieron la necesidad de afirmar cierta autoridad intelectual al afiliarse a las campañas internacionales en favor de Reyes, pero, al mismo tiempo, esta filiación contribuía a desmoronar la hispanofilia tradicional que reinaba en algunos círculos intelectuales colombianos. Por esta razón, Reyes se constituyó en el respaldo de muchas de las

opiniones críticas que estaban en diálogo con su propuesta de intervención cosmopolita-americana y que tenían como eje el “humanismo nuevo”, humanismo que de nuevo se alejaba de la línea filosófica de Ortega y Gasset.

Conclusión

Fue así como la reserva hacia Ortega y Gasset hizo explícita una filiación continental a posiciones como las de Henríquez Ureña y Borges, al tiempo que, en el contexto nacional, esa misma reserva fue una muestra de distanciamiento respecto de la hispanofilia subsidiaria predominante en las élites letradas colombianas. Del mismo modo, los diálogos con las ideas de Reyes y los entusiastas apoyos a su figura son muestras del cambio de perspectiva de los colaboradores de *Mito* frente a paradigmas de su propia formación y al ampliamente aceptado sentido hispanofílico como valor de universalidad cultural. Todo esto es sintomático no solo de cambios en las actitudes de la intelectualidad latinoamericana, también de las modificaciones de los referentes y fuentes de diálogo e intercambio cultural. Por esos años, Gaitán Durán y sus compañeros no solo siguieron la obra de Alfonso Reyes, también la de otros autores latinoamericanos como Jorge Luis Borges y Octavio Paz, quienes gozaron de protagonismo en las páginas de *Mito*.²⁰ Durante los últimos años de la revista, fue Fernando Charry Lara quien más trabajó por dar testimonio de la obra de autores del continente.²¹ Gutiérrez Girardot, por su parte, afianzó

20 A Borges se le dedica un homenaje en *Mito* 39 y 40, noviembre-diciembre y enero-febrero de 1961-1962, que comienza con una carta del autor de *Ficciones* a Jorge Gaitán Durán y sigue con artículos de Hernando Téllez, Rafael Gutiérrez Girardot, Marta Mosquera, Jaime Mejía Duque y Pedro Gómez Valderrama. Ese mismo número además incluye una entrevista de Gómez Valderrama a Borges. Por otra lado, de Octavio Paz se publicaron: “Refranes”, *Mito* 1, abril-mayo de 1955; “Verso y prosa”, *Mito* 6, febrero-marzo de 1956, “Agua y viento”, *Mito* 27 y 28, noviembre-diciembre y enero-febrero de 1959-1960; y “Un himno moderno”, *Mito* 36, mayo-junio de 1961. Jorge Gaitán Durán publicó la reseña de *El arco y la lira* (1956) en *Mito* 10, octubre-noviembre de 1956. Fernando Charry Lara, por su parte, publicó una reseña sobre *Las peras del olmo* (1957) en *Mito* 15, agosto-septiembre de 1957 y la nota “Poemas recientes de Octavio Paz”, en *Mito* 39 y 40, noviembre-diciembre y enero-febrero de 1962. En 1959, Rafael Gutiérrez Girardot publicó en Madrid el volumen *Jorge Luis Borges. Ensayo de interpretación*, Ínsula-Instituto Iberoamericano de Gotemburgo.

21 Fernando Charry Lara, además, publicó los siguientes artículos: “Luis Cardoza y Aragón: Guatemala”, *Mito* 6, febrero-marzo de 1956; “Tres poetas mexicanos: Ramón López Velarde, Xavier Villaurrutia y Octavio Paz”, *Mito* 10, octubre-noviembre de 1956; un pequeño homenaje a Ramón López Velarde que llevó por título “Sombras bajo los árboles”, *Mito* 13, marzo-abril-mayo de 1957; “Poesía de Jorge Cuesta” *Mito* 20, julio-agosto de 1958; “Lo cubano en la poesía de Cintio Vitier”, *Mito* 26, agosto-septiembre de 1959; “Orozco y Cardoza y Aragón”, *Mito* 30, mayo-junio de 1960. Además, reflexionó sobre la independencia de las letras latinoamericanas en

sus vínculos con autores latinoamericanos y profundizó su conocimiento de lo que él mismo llamaba “la conciencia histórica de Hispanoamérica” (1955, p. 254), al tiempo que estudiaba la fenomenología y otras corrientes filosóficas en Alemania. Con el tiempo, llegó a revisar críticamente sus propias filiaciones con España y sus intelectuales. Una de sus posteriores evaluaciones fue el conocido ensayo “Ortega y Gasset o el arte de la simulación majestuosa” (1981), cuyo título ya nos habla del talante de su crítica. Sin embargo, este estudio forma parte de otra coyuntura a la que respondieron otros medios, pues en ese entonces la revista *Mito* había dejado de imprimirse.

Para terminar, es importante que recordemos que las actitudes reivindicativas y los gestos progresistas de los integrantes de *Mito* llevaron consigo fuertes contradicciones. Para comprobar esto, basta recordar que sus posiciones ideológicas, de conveniencia política y de clase se mostraron poco coherentes con aquellas ideas que defendieran en las páginas de su revista. En estas mismas páginas, manifestaron apoyo explícito al modelo del Frente Nacional (1958-1974) y, en los primeros años de la década del sesenta, varios de los colaboradores dejaron su labor como escritores, promotores culturales o poetas y ocuparon cargos en el Gobierno, o buscaron intervenir políticamente al lado de promotores del mismo Frente. Un proyecto impuesto por las élites colombianas a fuerza de violencia, que era a todas luces excluyente, que tuvo consecuencias nefastas para la sociedad y que se alejaba totalmente de la ética del humanismo y el cosmopolitismo-americano de Alfonso Reyes que con tanto entusiasmo se defendiera en *Mito*.

Bibliografía

1. Aleixandre, V. (2009). Encuentro con Jorge Gaitán Durán. *Textos sobre Jorge Gaitán Durán*. Bogotá: Casa Silva, 203-204.
2. Altamirano, C. (2010). Introducción. *Historia de los intelectuales en América Latina II. Los avatares de la “ciudad letrada” en el siglo xx*. Buenos Aires: Katz, 10-13.
3. Arango, D. (1955-1956). La estética contemporánea. *Mito*, I(5), 334-347.
4. Borges, J. L. (1956). Nota de un mal lector. *Ciclón*, 2(1), 28.
5. Bourdieu, P. (2002). *Las reglas del arte*. Barcelona: Anagrama.

“La emancipación literaria de Hispanoamérica”, *Mito* 31 y 32, julio-agosto y septiembre-octubre de 1960.

6. Gaitán Durán, J. (1955a). *La hojarasca* de Gabriel García Márquez. *Mito*, I(1), 52.
7. Gaitán Durán, J. (1955b). *Historia universal de la infamia*. *Mito*, I(2), 113.
8. Gaitán Durán, J. (1975). *Obra literaria. Poesía y prosa*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura.
9. Gaitán Durán, J. (2004). Una sola conciencia ética. *Un solo incendio por la noche. Obra crítica, literaria y periodística*. Bogotá: Casa Silva, 116-122.
10. Gómez, J. G. (2009). *Lecciones doctorales 4. Rafael Gutiérrez Girardot y España*. Medellín: Universidad de Antioquia.
11. Gutiérrez Girardot, R. (1955). *La imagen de América de Alfonso Reyes*. Madrid: Ínsula.
12. Henríquez Ureña, P. (1927). El peligro de *Revista de Occidente*. *Pluma*, III (nov.), 19.
13. Henríquez Ureña, P. (1989). La cultura de las humanidades. *La utopía de América*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 56-65.
14. Jiménez, D. (2009). Rafael Maya (1897-1980). *Historia de la crítica literaria en Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 279-287.
15. Klengel, S. (2006). Hacia un humanismo sin fronteras. Jaime Torres Bodet y el discurso cultural de la segunda posguerra. En Walter Bruno y Vittoria Borsó (eds.). *Unidad y pluralidad de la cultura latinoamericana: géneros, identidades y medios*. Madrid/Franfurt: Iberoamericana/Vervuert, 84-100.
16. La redacción. (1959-1960). Alfonso Reyes. *Mito*, VI(27 y 28), 219.
17. La redacción. (1955). El premio Nobel y Alfonso Reyes. *Mito*, I(9), 182.
18. La Torre Cabal, H. (1959-1960). Alfonso Reyes. *Mito*, VI(27-28), 198-206.
19. Medin, T. (1994). *Ortega y Gasset en el cultura hispanoamericana*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
20. Montoya, P. (2010). *Mito* y España. En Regina Crespo (ed.). *Revistas en América Latina: proyectos literarios, políticos y culturales*. México D.F.: Centro de Investigaciones de América Latina, CIALC-UNAM, 427-448.
21. Ortega y Gasset, J. La última lección: Toynbee. *Mito*, I(5), 324-327.
22. Reyes, A. (1956). *Armavirumque . . . Mito*, II(10), 234-238.
23. Reyes, A. (1963). *El deslinde* (1944). En *Obras Completas*, tomo xv. México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 17-76.

24. Sarlo, B. (1990). Intelectuales y revistas: razones de una práctica. *América. Cahiers du Criccal. Le discours culturel dans les revues latino-américaines de 1940 à 1970* (9-10), 9-16.
25. Sarmiento Sandoval, P. (2006). *La revista Mito en el tránsito de la modernidad a la posmodernidad en Colombia*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
26. Valencia Goelkel, H. (1955-1956). José Ortega y Gasset. *Mito*, I(5), 382.